

LAS CARTAS DE ZUBIRI

THE ZUBIRI'S LETTERS

Reseña de: Zubiri, Xavier, *Epistolario*. Selección y edición de Jordi Corominas y Joan Albert Vicens. Alianza-Fundación X. Zubiri, Madrid, 2024. XXV+949.

ANTONIO PINTOR-RAMOS

Doctor en Filosofía
Universidad Pontificia de Salamanca
Salamanca/España
apintorra@hotmail.com
Orcid:0000-0002-6289-2855

Recibido: 18/11/2025
Aceptado: 16/02/2026

Esta voluminosa entrega dentro de la serie “Obras de Zubiri” presenta unas características muy peculiares. Esta selección de cartas de y para Zubiri es obra de sus acreditados biógrafos, quienes tras rebuscar durante años en archivos de todo tipo han reunido más de medio millar de piezas -en un recuento rápido exactamente 575-, resultado de una selección en la que no se publican “la mayoría de las cartas familiares, ni las cartas meramente administrativas y, en general, la correspondencia que no tiene relevancia biográfica, filosófica, histórica o cultural” (p. XII); conociendo la laboriosidad y meticulosidad de los editores, podemos estar seguros que no habrán sido restrictivos en este criterio.

Zubiri en su ancianidad no tenía ninguna conciencia de la amplitud y el interés histórico de su correspondencia; creía haber escrito pocas cartas y entre sus corresponsales era un tópico que la respuesta de Zubiri siempre se hacía esperar; un dicho, que probablemente es una leyenda, ponía en boca de Ochoa y de Schrödinger que “es mucho más fácil ganar un premio Nobel que tener una carta de Zubiri”; algo de verdad debe haber porque Zubiri comienza

muchas cartas pidiendo disculpas por el retraso. Ciertamente ya no estábamos en la época dorada de los grandes epistolarios como en los siglos XVII y XVIII - ¿qué sería del pensamiento de Leibniz si le amputásemos la “correspondencia”, incluidos múltiples “tratados” transmitidos epistolarmente?- , pero todavía estamos antes del desarrollo de internet y, por tanto, el tema no carece de interés. Los editores en buena medida buscaban poder editar esta correspondencia como apoyo documental de su magna biografía *Xavier Zubiri. La soledad sonora* (2006), pero la prudencia respecto a personas aún vivas y aquí aludidas imponía posponerla, al mismo tiempo que en este intervalo seguían trabajando en el tema con descubrimientos que no esperaban. No puede pasarse por alto la dedicación, el esfuerzo, la perseverancia en desempolvar archivos de todo tipo -al comienzo hay una lista con los más de 75 archivos consultados, en lugares tan dispares como Maryland, Escocia y Berlín y donde no todo son “facilidades”-, contando además con la tortura de descifrar la letra de Zubiri, tortura que conocemos todos los que hemos trabajado sobre manuscritos suyos y para la cual no se ha encontrado todavía la correspondiente “piedra Rosetta”; luego resta identificar a los autores y destinatarios, poner fechas a través a veces de indicios muy indirectos porque no siempre consta la fecha en los documentos examinados y armar toda la arquitectura de una temática diversa con el único centro, a veces mediato, de Zubiri. ¿Valían la pena todo ese esfuerzo y todos esos desvelos?

Vayamos por partes. Si se hace una lista de los nombres que aquí aparecen como remitentes o destinatarios, en abstracto la lista impresiona mucho: el papa Pío XI, el cardenal Pacelli (futuro Pío XII), Severo Ochoa, E. Schrödinger, A. Einstein, M. Bataillon, E. Benveniste, el cardenal Cicognani, M. Eliade, H.-G. Gadamer, M. Heidegger, E. Latourelle, G. Marcel, K. Rahner, entre otros muchos extranjeros ilustres; si nos fijamos en hispanos, la lista sería interminable, comenzando por Ortega y Gasset, el cardenal Tarancón, el cardenal Javierre, B. Cabrera o Rey Pastor. Pero estos datos secos son poco significativos porque en casi la totalidad de los casos se trata de asuntos protocolarios o administrativos y no sirven como guía para evaluar sus relaciones intelectuales; pongo el ejemplo de Ortega y Gasset con el cual la relación es mucho más intensa y amplia de lo que reflejan sus cartas porque se trataban presencialmente y, además, parece que no aceptaban intermediarios en su relación. Aun así, el descubrimiento de unas cartas de y a Julián Marías a partir de 1941 (pp. 313-318, 320-321, 325-332) muestran una estrecha familiaridad (es importante observar cómo se firma en cada caso la carta) que luego acabó en distancia, pero faltan cartas para seguir en detalle ese proceso; esto cambia el relato normal en las historias de la filosofía española. Sin embargo, el mayor número de entradas son cartas de todo tipo a su mujer Carmen Castro, sin que exista ninguna en la dirección inversa, no porque no se hayan escrito, sino probablemente porque no se han conservado.

Lo que nadie pondrá en duda es el interés biográfico. No se puede reconstruir la biografía de Zubiri solo a partir de su correspondencia, pero esta aporta datos insubstituíbles y fija fechas precisas. Las más determinantes pertenecen a la primera mitad de su vida, documentan su crisis de fe con la excomunión por “modernista” a partir de una larga carta firmada por el pseudónimo “Rourix” (pp. 31-51), que puede ser un fleco del sistema de delatores anónimos organizado con la aquiescencia oficial durante el pontificado de Pío X y ya abandonado en el breve pontificado de Benedicto XV, pero, de refilón, quizá es uno de los pocos documentos en los que se intenta fijar con alguna coherencia esa vaguedad que se denominó en el mundo católico de la primera mitad del siglo XX “modernismo”. Es importante la carta quejosa en su despedida de Heidegger (pp. 132-138), aunque en mi opinión la más trágica es la confesión dos días antes de su ordenación sacerdotal a su íntimo amigo E. Ímaz de que se ordenaría sin fe (pp. 28-29), fe que tardaría un tiempo en recobrar; por el contrario, la más hilarante es la invitación a una sesión de la Asociación de filósofos jóvenes cuando Zubiri estaba a punto de cumplir 79 años. La cima de los momentos angustiosos de su vida intelectual podría ser la carta (pp. 443-446) a Juan Lladó para nombrarle depositario y albacea de todos sus inéditos ante la enésima prórroga de su prometido “libro” relevante. Aquí aparecen todos los documentos decisivos de su crisis religiosa y del largo proceso de secularización ante la curia romana; incluso al margen de esta finalidad, algunas de estas cartas son extensas y personales autobiografías de Zubiri, hasta un nivel de intimidad que ya después no aparecerá nunca. La muy complicada relación con su familia está perfectamente documentada y no deja de sorprender en aquella época la soltura de sus padres (sobre todo de su padre) en su manera de expresarse por escrito.

Respecto al interés “filosófico” podríamos decir que es mediano. Aporta datos sobre los procesos de su evolución intelectual en los largos períodos de silencio editorial, pero no hay una verdadera discusión con filósofos coetáneos a través de cartas, en este punto por la buscada “soledad” de Zubiri. La carta de I. Ellacuría con ocasión de su lectura de *Sobre la esencia* (pp.497-501) es relevante, pero la práctica totalidad de los que han recibido como regalo un ejemplar del libro cumplen con una nota de agradecimiento que no entra en materia. Hay al menos dos propuestas de establecer por vía epistolar un diálogo filosófico: una procede del filósofo español J. M. Rubert Candau, escritor en aquel momento muy activo (pp.495-496), otra llega desde México de parte de su viejo conocido E. Nicol (pp.374-376), sin que existe ningún síntoma de que Zubiri fuese sensible a esa invitación ni tampoco de que se interesase por las obras de sus corresponsales.

Por lo que toca al interés “histórico”, habrá que precisar el término. Es obvio que la longeva vida de Zubiri conoció en su entorno múltiples terremotos y turbulencias, pero aquí es quizá donde más se nota la elegida “soledad”, si por tal se entiende el escaso interés por los acontecimientos políticos nacionales e

internacionales. Sin embargo, Zubiri es y fue siempre un hombre de Iglesia - *sacerdote*, también cuando se secularizó- y en este campo tiene una notable información sobre los movimientos e incluso las autoridades. Quizá este aspecto es el que exige un mayor esfuerzo de contextualización porque aquellos hechos ya son lejanos y están enterrados entre capas de olvido; los editores se han esmerado en una anotación precisa y generosa de las distintas cartas para que el lector actual pueda sacarles el máximo provecho.

Finalmente, el interés “cultural”. Es evidente que desde muy joven Zubiri es partícipe activo de empresas culturales de alcance, en una primera parte de su vida sobre todo las que tenían como centro a Ortega y Gasset. Después de la guerra civil, poco a poco Zubiri se irá poniendo al frente de una entidad privada como la “Sociedad de Estudios y Publicaciones”, a la cual quizá no se le ha hecho justicia como refugio y ayuda de personas con talento y escasos recursos materiales o mal vistas por el régimen. También esto hoy pertenece a un pasado bastante olvidado y necesita la anotación precisa que van aportando los editores.

Todavía este volumen ofrece dos elementos que serán preciosos para el lector y en los que sus autores se han esforzado al máximo. Hay, en primer lugar, una “Cronología de Xavier Zubiri” (pp. 774-881) que en la columna de la izquierda pone fecha con el seguimiento del epistolario a todo lo reseñable en la vida de Zubiri; una columna central está dedicada a coetáneos “Acontecimientos políticos, eclesiales, etc.”; la columna de la derecha reseña acontecimientos en el ámbito de la “Ciencia y Cultura” que por indicios pueden haber repercutido en Zubiri. Es obvio que esto nunca puede ser exhaustivo ni definitivo, sobre todo en la selección de la columna central y derecha, pero es un precioso y preciso instrumento de trabajo y de orientación. El segundo y último apéndice es un “Índice onomástico”, no en el sentido habitual de índice de nombres citados, sino identificando a cada uno de los corresponsales y el entorno cercano de Zubiri con una elemental descripción de su actividad; tampoco se agradecerá suficientemente a los autores el esfuerzo para identificar a autores poco conocidos en su momento y hoy desconocidos en gran medida, al mismo tiempo que aparece una primera idea de su peso en el conjunto de la correspondencia por el número de apariciones con sus páginas correspondientes.

Parece, pues, que el interés de este *Epistolario* es fundamentalmente biográfico. Lo cual traslada el tema a otro ámbito: ¿qué relación hay entre la obra de un filósofo y sus vicisitudes biográficas? Mucho se ha discutido y se discute sobre este tema, partiendo de un hecho que se suele pasar por alto: una parte determinante de la biografía de un filósofo es la elaboración de su filosofía; es evidente que no valen esquemas rígidos y no todos los casos son iguales porque el caso extremo que siempre nos viene a la mente es Kant, cuya ausencia de hechos noticiables en su vida la ocupan los biógrafos con la elaboración de sus obras oscureciendo así la delgada línea que separa la biografía sin más de lo

que se llama una “biografía intelectual”, género perfectamente acreditado en filosofía con sus ventajas y sus límites; por el contrario, a nadie se le ocurriría escribir una biografía de Ortega y Gasset prescindiendo de su amplísima actividad “pública”. Hoy las corrientes dominantes (estructuralismos, formalismos, hermenéuticas de distintos pelajes) optan claramente por la clásica prioridad de la obra sobre las vicisitudes de su autor, hasta haber sentenciado en alguna de esas corrientes la definitiva “muerte del autor”, en lo cual hay que incluir la propia comprensión que el mismo autor manifieste de su obra; pero recientemente parecen revivir corrientes de filiación neohistoricista que, renunciando a cualquier horizonte de verdad para la obra filosófica, la diluyen en la peripecia individual de su autor. No es el momento para entrar a fondo en un problema que es mucho más complejo de lo que parece. Digamos que en este caso el *Epistolario* puede ser una preciosa ayuda -y a veces es indispensable- para reconstruir el contexto de una producción filosófica que se extendió a lo largo de sesenta turbulentos años. También me parece indudable que le sacarán más provecho los ya iniciados en el pensamiento de Zubiri y, por tanto, quizá no es la puerta más aconsejable para quien decida entrar en la fortaleza de ese pensamiento.